

VIRUS*

Y entonces se cerraron las puertas del mundo, pero el miedo ya se había instalado en el rincón más frágil de sus habitantes y sus interrogantes.

Salieron a conseguir comida, las pocas serpentinas de colores para matar un hambre que ya de por sí es un hambre familiar y cotidiana, con lo limitado de esa vieja falda que la pobreza arrastra por donde ondea sus precariedades y sus afinidades, salieron los dos tomados de la mano, sin saber que ese primer paso fuera de casa, sería el embarazo de una realidad que los abortaría apenas en las primeras horas de esa imprevista gestación,

Alma tiene 79 años, Benigno alcanza los 83, siempre han sembrado y como han podido han arrancado de la pureza de la tierra la pulpa de las mordidas que fincan su alimento, sus pasos son lentos pero continuos, su voz es escasa, quizás mágicamente, básicamente la necesaria,

Después de ir al centro del pueblo, un pueblo mágico repleto de turistas extranjeros, Benigno comienza a toser, se le ve un poco más lento y agotado, Alma lo observa con serenidad y un incansable brillo en la mirada mientras se amarra las enaguas y se recuesta cálidamente a su lado.

Los noticieros comienzan a difundir las apremiantes noticias, de las hordas de infortunados que la muerte abraza, los titulares vomitan escabrosos escenarios llenos de probabilidades, análisis, documentos técnicos, investigaciones científicas, visiones esotéricas, cartomancias, mensajes del universo, profecías, conspiraciones, percepciones ultrasensoriales de iluminados, contactados extraterrestres y demás aperitivos posibles para el voraz hocico irrefrenable de lo que simplemente se está transformando, pero que Alma no sabe y Benigno tampoco. Alma solo sabe que mañana la espera la visión ígnea del fogón y el laberíntico hipnotismo de su telar y Benigno mientras suda a chorros por la fiebre que tiene, sabe que al despertar empuñará su machete para trabajar la siembra y llevará a pastar a sus animales a lo profundo del campo.

Las semanas transcurren y el brazo de la muerte se hace más largo, la humanidad se defiende tímidamente pretendiendo vivir como humanos, las bestias oportunistas comienzan a ponerle precio a la desgracia, los hijos del rey midas se escandalizan bailando la danza de los desquiciados. Los herederos de la ciencia se sienten desamparados. Y el caos nos muestra por vez primera la carcajada más moderna de su burla, curiosamente y como un aborto del destino en la radio se escucha la canción, “el microbito” del grupo fobia.

Para entonces en la choza de Alma y Benigno el tiempo se ha detenido, ahora los dos están en malas condiciones, pero en sus mentes solo existe el pensamiento de continuar viviendo su cotidianidad de campo, ellos no saben ni entienden de microorganismos, virus, bacterias o “bichitos”, en su comunidad no hay internet, ni tele, ni teléfonos satelitales o celulares, ellos viven en una burbuja que aísla sus mentes de la podrida modernidad que los olvida.

Sigue pasando el tiempo y la muerte ahora parece pulpo, por aquí y por allá arrebatando ciudadanos de diferentes lugares, de diferentes alcurnias, de diferentes pasados y de diferentes porvenires, para entonces Alma ya se puso de pie otra vez y Benigno alegremente trae a casa cañas de azúcar y elotes, entonces como una revolución de instintos, Benigno besa a Alma, mientras el café hierve sobre el fuego y mientras el petate se enaltece orgulloso al vestir la cobija que las manos de Alma se regaló a sí mismos para cubrir sus cuerpos.